

2. Sesenta euros

Tengo un objetivo, una cuenta en Egogram, una dietista, una lista de la compra cargada de alimentos que hasta ahora eran prácticamente desconocidos para mi paladar y una tabla de ejercicios. Solo me falta el dinero.

Que resulta que comenzar una dieta no consiste solo en proponérselo, también hay que contar con una serie de cosas básicas, entre ellas, unos buenos ahorros. Parecía demasiado fácil pensar que, si ahora comienzo una etapa en la que voy a comer menos, gastaré menos dinero, pero ¡qué equivocada estaba!

Me ha costado bastante reducir mi lista de necesidades para adelgazar, he tomado la decisión de no comprar suplementos y pastillas; tendré que recurrir al aburrido método de lechuga hasta para desayunar y pescado al horno para cenar. Pasaré de ir al gimnasio, que siempre puedo salir a la calle a dar paseos o hacer abdominales en casa. Y también he tenido que prescindir de hacerme masajes reductores. Esta ha sido la peor parte, con lo que a mí me gusta que me masajeen y me toqueteen por todas partes, pero hay que ser realistas, y la realidad es que yo, ahora mismo, soy más pobre que una rata. Que una rata africana, que deben de ser más pobres todavía.

Lo que sí era imprescindible era una dietista, pero no sabía ni por dónde empezar, y paso bastante de todas esas

tiendas que parecen sectas con tanto: «Ven con nosotros, bébete nuestros brebajes y pierde quince kilos a la semana». Así que comencé haciendo una sencilla búsqueda en internet: «dietista Madrid».

Cuatrocientos dos mil resultados para la búsqueda «dietista Madrid». Estupendo. Me voy a bajar a por un *frapuccino* y un *muffin* de arándanos con chocolate blanco porque me parece que vamos a estar aquí toda la mañana y todavía no he desayunado, y yo con el estómago vacío no soy capaz de estar sentada enfrente de un ordenador, que me dan así como mareos solo de pensar que pudiera parecer que estoy trabajando.

Este será el último *frapuccino* con *muffin*, lo prometo. De aquí en adelante ni uno más, pero tendré que decirle adiós a lo que más quiero, que dicen los psicólogos que evitar los últimos adioses y reprimir el posterior duelo solo empeora las cosas. Si precisamente por esto busco yo a un profesional, que no me fío ni de mi sombra. Cuántas veces he intentado ponerme a dieta por mi cuenta, y al final siempre mandaba todo a la mierda con un festín de *pizza* y *brownies*, cuya única invitada era la menda.

Si quiero conseguirlo (y, me cago en la puta, **¡QUIERO CONSEGUIRLO!**) voy a necesitar ayuda, y sobre todo, voy a necesitar una cara de la que acordarme cada vez que se me antoje algo que no deba comer, y una báscula imparcial a la que no pueda engañar, que a la mía le tengo el truco pillado y sé que según me suba, y dependiendo de cómo apoye los

pies, así pesaré trescientos gramos más o trescientos gramos menos.

Cuando mi compañera de piso volvió de trabajar yo aún seguía delante del ordenador. Le conté lo que estaba tratando de hacer y me dijo tajantemente: «No busques más». Sacó su teléfono, hizo una llamada y en menos de dos minutos ya tenía en mi mano un papel con el número de una dietista. «No te lo vas a creer, pero es que justo tengo una compañera en la tienda que lleva cuatro meses con esta señora, que es médico, es dietista, y es nutricionista. Bueno, y es que además debe de ser una maravillosa persona, majísima, vamos, pero lo mejor de todo es que la dietista también estuvo gorda, con lo cual sabe perfectamente por lo que estás pasando, y bueno, te puedes imaginar, mi compañera está encantada, no para de decirlo en la tienda, y hasta a las clientas se lo dice. Ha perdido ya trece kilos y no pasa nada de hambre, ¡si cada tres horas está comiendo! Está guapísima, y contentísima, claro. Aquí tienes el número, que la llames ahora mismo y le digas que vas de su parte. A lo mejor la llamo hasta yo, que este verano he cogido tres kilos y me siento muy hinchada, mira qué barriga».

Me río yo de los tres kilos que le sobran a Belén, si su cintura tiene la misma circunferencia que mi brazo. En cuanto cerró la boca me di media vuelta, recogí mis cosas y me volví a mi habitación. Sin pensármelo dos veces cogí mi móvil y marqué el número que estaba escrito en el papel. Un tono. Otro tono. Otro tono más. «Consulta de la doctora Cabra-

les, buenos días». ¡Pero qué me estás contando! ¿De verdad esta señora se apellida Cabrales? Menuda dieta voy a hacer si solo con enterarme de su apellido ya me ha entrado hambre. Qué ricas me sabrían a mí unas patatas al cabrales ahora mismo, por cierto.

¡Bueno, basta! Tengo que dejar de tener este tipo de pensamientos, no me van a ayudar a seguir una dieta. A partir de ahora, en vez de pensar en comida tengo que encontrar algo con lo que entretener mi mente. Me engancharé a alguna serie o me buscaré otro novio, pero que esta vez no sea cocinillas.

Tengo que reconocer que estoy un pelín acojonada, animada pero acojonada al mismo tiempo, porque sé que ya es hora de quitarme este peso de encima, pero también sé que me va a costar, que va a ser difícil y que voy a querer tirar la toalla en muchas ocasiones, porque me conozco. ¡Pero me da igual!, que no se puede ir por la vida pesando cien kilos. Así que le pedí una cita.

La doctora Cabrales tenía un método realmente efectivo para quitarte las ganas de comer. Resulta que el precio de la primera consulta asciende a nada más y nada menos que **SESENTA EUROS**, porque te hace un estudio completo y una dieta personalizada y te tienen que abrir el expediente, que digo yo que si para abrirlo necesitan una llave forjada en oro con veinte diamantes incrustados, porque sesenta euros por una cita es precio de polvete con profesional, permítanme que le diga. Las consultas siguientes, una por

semana, son a dieciocho euros. Efectivamente, si quiero reunir esos sesenta euros antes de mi primera cita tengo que dejar de comer ahora mismo, y pasar a alimentarme en exclusiva de pan, arroz, agua y, con un poco de suerte, los bordes de la *pizza* que suele dejar Belén cada vez que pide una, que encima tampoco las pide tan a menudo. Así tiene ella esa cintura tan fina.

Accedí a ver a la doctora Cabrales, dentro de seis días, a las cinco en punto de la tarde. Ahora tenía dos problemas: treinta kilos de más y sesenta euros imaginarios que debían materializarse por arte de magia en mi cartera en menos de una semana.

Lo primero que se me pasó por la cabeza fue quitarme las medias, pintarme los labios, bajarme a una esquina y ¡ale! a lo que surja. Lo segundo que pensé fue que podía llamar a un amigo que reparte ofertas de copas para bares en Ciudad Universitaria y se sacaba diez euros por noche, pero es que ni aún así tenía noches suficientes para llegar a los sesenta euros. Después pensé en salir a dar un paseo por si tenía la suerte de encontrarme un sobre con dinero, y que, puestos a pedir, el sobre tuviera por lo menos doscientos euritos, que he visto unos botines preciosos y para este otoño no tengo ni un mísero zapato nuevo. También pensé en comprar un rasca y gana por si fuese mi día de suerte, o apostar por internet, pero entonces se me cruzó por la mente la idea de llamar a mis padres.

Tengo treinta años, una carrera, un máster, un título de

piano, un título de inglés, tres cursos de *social media* y un *blog* en internet. Pero no he conseguido más que un trabajo de mierda en una academia de mierda dando clase a americanos de mierda por un sueldo de mierda que me llega para pagar el alquiler, comer todos los días y tomar cinco cañas al mes. Y hasta ahora me las había ido arreglando, pero cada vez que me llamaban mis padres teníamos la misma conversación: «Que por qué sigues en esa academia, que te pagan cuatro duros y no te va a llevar a nada, que ahí no te van a hacer un contrato como Dios manda en la vida. Haz el favor de venirme a casa, te sacas el máster de Secundaria a distancia y te preparas una oposición, que es lo que tienes que hacer, que apruebas el examen, y ¡hala, a vivir, como tu padre y tu madre! ¡Sin preocupaciones, con fines de semana y puentes, dime tú a mí si se puede pedir más!».

Si los llamo para pedirle dinero probablemente me contesten que si hubiera echado currículos para colegios privados ahora mismo no necesitaría sesenta euros, pero es que no les entra en la cabeza que yo no estoy dando clases por gusto y que lo que menos me apetece en esta vida es currarme un examen para SEGUIR DANDO CLASES. ¡Que no quiero clases, cojones, y mucho menos volver a un colegio de monjas, aunque sea como profesora!

Y no solo eso, es que seguro que me dejan caer que no he ido a casa en todo el verano y con un poquito de suerte a lo mejor también me preguntan por Fran con cierto retintín, porque a mi madre no le gustaba nada ese chico y sabía que

nuestra relación no iba a buen puerto. Y me dirán que qué tal como, que si me cuido, que haga ejercicio, que rece a la virgen y que busque algún curso o alguna beca para pasar una temporada en el extranjero, que se me va a olvidar el inglés. Y todo esto a cambio de sesenta euros. ¿Merecía la pena?

Por sesenta euros no me sale a cuenta aguantar los consejos de mis padres con la boca cerrada, pero por esos doscientos que incluyen los preciosos botines rosas de leopardo igual sí. Y ya puestos a pedir, les pido también para pagar las cuatro primeras citas con la dietista, más la primera compra de productos sanos para mi nevera y mi despensa, que, al precio que está la vida, se me puede poner en otros sesenta euros tranquilamente. Vamos, que con cuatrocientos euros se me arreglaban a mí todos los problemas, y si para conseguirlos tengo que aguantar otra vez la charla de la oposición, pues la aguanto.

Cogí mi teléfono móvil y busqué el número de mi madre. Un tono. Otro tono. Otro tono más. «Hola, mamá, ¡felicidades! Que no te creas que se me ha olvidado que hoy es tu cumpleaños».

Egogram



perradesatan

35 min



♥ 4 Me gusta

perradesatan Estreno botines, dietista (a la que espero no comerme) y objetivo: quitarme de encima 30 kilos antes de mi próximo cumpleaños #newlife #Aquí llega SuperPerra #thinkpositive #justdoit #goforit #midietistaestacomounqueso #comerseatudiantista #laculpaessuyaporapellidarseCabrales